ACADEMIA

DEL

INSTITUTO PEDAGÓGICO

SESIÓN DE APERTURA

EN 20 DE JUNIO DE 1890

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA VICTORIA DE H. IZQUIERDO Y CA.
71- San Diego—71

1890

ACADEMIA

DEL INSTITUTO PEDAGOGICO

ORGANIZACIÓN DE LA ACADEMIA

En sesión preparatoria de 13 de Junio de 1890, se acordó lo siguiente:

I.—Establécese en el Instituto Pedagógico de Chile una sección especial del curso de Castellano, que se denominará ACADEMIA DEL INSTITUTO PEDAGÓGICO y que tendrá por objeto el cultivo de las ciencias y de las letras.

II. Su Presidente será el Profesor de Castellano en el Establecimiento.

III. El Director del Instituto Pedagógico tendrá el título de Presidente honorario.

IV.—Serán de hecho socios fundadores de la ACADEMIA los actuales alumnos del curso de Castellano.

V.—Los demás alumnos del Establecimiento podrán también pertenecer á la ACADEMIA, siempre que lo soliciten por escrito y sean aceptados por mayoría absoluta.

VI.—La Academia tendrá una *Junta Directiva* compuesta del Director del Instituto Pedagógico, del profesor del curso de Castellano y de tres socios fundadores. De éstos últimos, que se elegirán cada año, uno hará de Secretario y los otros dos estarán llamados á suplir al Presidente.

Se acordó asímismo:

1.° Que los tres socios fundadores á que se refiere el número VI fueran los señores M. Enrique Oyarzún M., Agustín Gómez García y Fidel Pinochet Le-Brun, éste último como Secretario;

2.° Que la sesión de apertura tuviera lugar el 20 de Junio y que se invitase á ella al señor Ministro de Instrucción Pública y á todos los profesores y alumnos del Instituto Pedagógico;

3.° Que hicieran uso de la palabra en esa sesión, además de los señores Presidente y Secretario, los señores M. Enrique Oyarzún y Abraham Valenzuela T.; y

4.° Que los trabajos literarios leídos en la sesión de apertura se publicaran en un folleto, juntamente con estos acuerdos generales.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROFESOR DE CASTELLANO DEL INSTITUTO PEDAGÓGICO, AL INAUGURAR LA ACADEMIA LITERARIA DEL MISMO ESTABLECIMIENTO.

Señor Director,

Señores alumnos,

los alumnos del curso de Castellano del Instituto Pedagógico inauguran en este momento las conferencias prácticas, necesario complemento de su asignatura principal. Queda dicho con esto que la asociación á cuyo nacimiento asistimos no tiene el carácter aparatoso de una Academia, sino la modesta naturaleza de una clase extraordinaria de Castellano, que servirá primariamente para la lectura en común de los trabajos escritos que no podrían darse á conocer en las ordinarias sin desmedro de los estudios y explicaciones del Profesor.

La asistencia del señor Director, á esta primera de las Conferencias le da un rasgo de solemnidad que, si no cuadra con sus humildes principios, sienta muy bien, sin embargo, á la importancia de esta asignatura y al decisivo influjo que sus labores han de tener en el porvenir de la Literatura y de la enseñanza en Chile. Como el austero maestro de la Universidad de Erfordia sé descubría ante sus alumnos, futuros Electores del Imperio, futuros dignatarios del Estado y de la Iglesia, del mismo modo saludo con respeto entre mis oyentes á los que, consagrados dentro de poco á las fecundas aunque pesadas tareas de la enseñanza, han de ser en un día no muy lejano, quienes impulsen victoriosamente el carro de nuestros adelantos intelectuales y escriban su nombre en el libro de los mejores y más abnegados servidores del país. Me inclino respetuoso ante ellos aún por otro título más: por el estudio especial á que se han dedicado, serán para más tarde los que fomenten con decisión y constancia los estudios literarios, y los que contribuyan, sea con sus producciones propias, sea con las que, bajo su inspiración den á luz sus futuros alumnos, al aumento del tesoro literario de este país escaso hoy de escritores, y

sin tradiciones ni antecedentes en este importantísimo departamento del humano saber. Yo sé, señores, que hoy día se cultivan con ardor las cincias físicas y naturales porque sus aplicaciones á la industria pueden conducir á la fortuna; sé que las letras no se hallan en muy alto predicamento, y que la profesión de ellas inspira lástima á los más benévolos para juzgarla; pero sé también que en la larga vida reservada á las naciones es de necesidad ese cultivo, porque las obras literarias y los ingenios que las producen son como los faros que dan luz sobre los distintos períodos de su historia y como su nombre y divisa en la dilatada leyenda de la Humanidad.

Grandes ingenios fueron, sin duda, aquél que, observando el movimiento de una lámpara, halló las leyes del isocronismo del péndulo, y, recorriendo triunfante la bóveda del Universo, estudió la superficie de la Luna, y descubrió las nebulosas y los anillos de Saturno; y también aquel otro sabio de las orillas del Como, que, después de haber maravillado al mundo con sus invenciones, encontró la composición de la pila que lleva su nombre, y que más tarde produciría el telégrafo eléctrico; pero, lo cierto es que cuando queremos designar

á la nación italiana con las perífrasis más honrosas y más satisfactorias para su amor propio, antes que la tierra de Galileo ó de Volta, la llamamos el suelo del Dante ó de Rafael, el país de Miguel Angel ó del Tasso. Jaime Watt y Carlos Darwin son grandes nombres de la Inglaterra moderna; pero lo satisfactorio para el orgullo inglés es que Inglaterra sea la patria de Shakespeare y de Milton, de Byron y de Macaulay.

En las compensaciones de que está llena la existencia nuestra, y también los anales de la Humanidad, el crítico, el literato, el poeta, el hombre de imaginación y de fantasía, corren por la vida como proscritos de la región de los sueños, y luchan apenas con las dificultades de la subsistencia; acaso viven oscuros, siempre en la medianía, si no en la pobreza, muchas veces compadecidos, si no despreciados; mas, se cierra la tumba sobre ellos, y en el acto se les abre vida nueva. Sus más lejanos parientes principian á proclamarse tales, y enseñan á sus hijos el nombre del sabio, del literato, del poeta, que ha tenido la familia; los libros y las cátedras repiten su nombre y lo vulgarizan entre los discípulos y la multitud; y después, cincuenta años, cien años más

tarde, el vagabundo y miserable de Sofalá, el gitano, el bohemio de Lisboa, pasa á ser Camoens, una de las glorias de la Literatura, el nombre más respetado y respetable del Portugal.

No creáis por esto, injuriando mi criterio de viejo y desencantado Profesor, que yo desee para mi país una población de literatos, ni que aconseje tal profesión á los que oyen mis lecciones, y á quienes tengo cariño porque sé que más tarde he de vanagloriarme de haberlos tenido bajo mi dirección; nó: lo que quiero significar es que las letras no merecen el desdén con que se las trata, que en el consorcio de los humanos conocimientos no desempeñan ellas el simple papel de diversión ó agrado, que algunos han querido con injusticia atribuirles exclusivamente; que su influjo en el adelantamiento de los pueblos y de los individuos es mayor del que en esta época se aparenta creer; que los estudios literarios, en fin, encaminando hacia ideales los pensamientos y sentimientos del hombre, perfeccionan á éste en su triple aspecto moral, intelectual y social, y tienen, por consiguiente, no poca participación en el mejoramiento de la gran Comunidad humana.

De entre estos estudios, el de la lengua patria es el que nos está encomendado con particular designación á vosotros como alumnos y á mí como Profesor, estudio que abarca su estado actual en teoría y en práctica, su estado pasado á la vista de los monumentos de nuestra rica Literatura, y su origen, situación y relaciones con los demás idiomas de un mismo manantial lingüístico. A nadie, pues, ha de ocultarse la importancia de esta Cátedra, destinada en verdad á mantener siempre incólume entre nosotros el tesoro de la lengua castellana, á trasmitir de maestros á discípulos las legítimas tradiciones peninsulares, y á contribuir á que en esta antigua colonia de la madre España la lengua de nuestros abuelos se cultive con la galanura y discreto sabor clásico con que lo hacen sus celebrados escritores actuales, que siempre han de servirnos de espejo y de guía.

Encaminada á la consecución de esos propósitos, la serie de reuniones periódicas que hoy inauguramos, y en que se tratará toda materia relacionada con las ciencias y las letras, no puede menos que contribuir poderosamente al alcance de los fines que perseguimos en las clases propiamente tales de nuestro Curso. La

lectura en común y la discusión moderada de los trabajos escritos; la disertación sobre los mismos, que en el seno de una Academia es más docta y de provecho que la que sólo de cuando en cuando y ligeramente puede hacer en la Cátedra el Profesor, y el estímulo de la labor mutua y por turnos, producirán, sin duda alguna, los resultados que nos hemos prometido al acordar juntarnos extraordinariamente una vez en la semana y departir sobre asuntos literarios ó científicos, ya en prosa, ya en verso, ya en el escrito madurado y pulido, ya en la exposición oral de algún método ò sistema, ó de las ideas peculiares del que sube á la tribuna, y harán de este Curso de Castellano la escuela provechosa y formadora de ilustrados maestros de esa asignatura, maestros que ha querido tener el Supremo Gobierno al fundar este Instituto Pedagógico.

Más avanzado que vosotros en el camino de estos estudios, que han sido de mi particular dedicación, tomaré como la más suave y satisfactoria de las tareas la de ayudaros en vuestras laudables intenciones, y la de prestaros ampliamente mi concurso intelectual, y el de que puedo disponer, en otra esfera, como Profesor de este Superior Establecimiento. Tras de unos

mismos fines vamos todos, vosotros y yo, y natural es que echemos á andar juntos y juntos sigamos hasta que nos sea dada la dicha de ver el fruto que ha de dar esta Academia. Yo sé que él ha de trocarse en honra vuestra, en enaltecimiento de vuestro nombre y en la mayor opinión que habéis de adquirir entre vuestros conciudadanos; sé también que ese fruto ha de ser bien para la patria y lustre para sus letras y su idioma. ¡Feliz yo si alguna parte, aunque levísima, me cupiera en esa vuestra obra de ilustración y progreso!

E. Nercasseau y Morán.

ORIGEN DEL LENGUAJE, EN GENERAL, Y ORIGEN, FORMACION Y FILIACION DE LA LENGUA CASTELLANA (a).

I

La cuestión acerca del origen del lenguaje, interesantísima bajo el punto de vista filosófico y bajo el punto de vista literario, ha sido largamente debatida por la ciencia, sin que hasta el presente haya podido afirmar nada con entera certidumbre.

(*a*). Si la impresión de este artículo aparece con otra ortografía que la chilena, es sólo por haberse así acordado entre los autores de los demás trabajos literarios insertos en este opúsculo.

Lo ortografía que acostumbro usar es la ortografía corriente en Chile, mucho más uniforme, mucho más lógica y mucho más racional que la de la Real Academia Española.

Quiero la uniformidad en punto á ortografía; pero nó una uniformidad cualquiera, venga de donde venga. Quiero una uniformidad basada en la lógica; nó una uniformidad hija de reglas arbitrarias, desprovistas de fundamento científico.

Al hablar del origen del lenguaje, no me refiero á la facultad de hablar, sino al comienzo histórico del ejercicio de esta facultad.

Cuanto á la facultad de hablar, claro es que el hombre posee y siempre ha poseído las condiciones físicas y espirituales que engendran esta facultad.

Pero, por lo que respecta al origen histórico del ejercicio de esa facultad, las opiniones están divididas.

Dos son las escuelas fundamentales sobre este punto: la *teológica* y la *racionalista*. Aquélla atribuye al lenguaje un origen divino; ésta considera que el lenguaje es obra del hombre.

Sin embargo, así en la escuela racionalista como en la teológica, hay sus divergencias.

De entre los racionalistas, hay algunos que, admitiendo el origen divino del hombre, están de acuerdo con la teología en que el lenguaje es un dón del cielo, ora el comienzo de su ejercicio sea natural, ora se deba á la acción de las facultades intelectuales del hombre.

Otros, de entre los propios racionalistas, creen que el ejercicio del lenguaje ha sido adquirido lentamente, de una manera natural, y mediante largas y numerosas transformaciones.

Así también, algunos defensores de la escuela teológica afirman simplemente el origen divino del lenguaje; al paso que otros, los *tradicionalistas*, sostienen que fué revelado al hombre directamente por Dios (b).

Pero, sea cual fuere el origen que se asigne al lenguaje, ó, como he dicho, al comienzo del ejercicio de la facultad de hablar, es indudable que un principio ha debido tener, y que, consiguientemente, la gran variedad de lenguas que hoy existe proviene de una lengua primitiva.

Sin embargo, nada ha podido probarse acerca de esto, y los estudios de varios filólogos para reducir á un trono común las lenguas hoy conocidas, han sido infructuosos.

Solamente se ha llegado á establecer la existencia de dos grandes familias: la *aria* ó *indo-europea* y la *semítica*.

La familia indo-europea comprende ocho grandes grupos, de los cuales los más importantes son el de las lenguas *itálicas* y el de las lenguas *germánicas*.

(*b*). No es mi ánimo, por ahora, obordar la cuestión relativa al origen del lenguaje, y habré de conformarme con dejarla planteada.

Tan interesante estudio será objeto de un posterior artículo.

Las lenguas itálicas se dividen en *antiguas* y *modernas*. Entre aquéllas figura en primer lugar el *Latín*.

Llamánse lenguas modernas las *neolatinas* ó *romances*, que son principalmente el *Italiano*, el *Castellano*, el *Francés*, y el *Portugués*.

Cumple á mi propósito tratar únicamente de la formación del Castellano.

II

La vida histórica de una lengua, esto es, el relato de sus frecuentes cambios, de sus vicisitudes más ó menos variadas, es un estudio importantísimo y base indispensable para todo el que desee adquirir un conocimiento exacto de un idioma.

No tenemos datos suficientes y claros que nos permitan hacer la reseña histórica de todos los cambios y vicisitudes por que sucesivamente ha pasado el pueblo español.

De entre los países que hablan idiomas neolatinos, ninguno acaso ha sufrido más que España radicales cambios y trastornos en sus instituciones, en sus costumbres, en sus pobla-

dores, en una palabra, en todo cuanto directa ó indirectamente influye en la determinación de la lengua de un país, en su perfeccionamiento y desarrollo.

Esos cambios y trastornos que ha probado la España durante varios siglos, se deben indudablemente, al gran número de invasiones de que ha sido teatro su suelo: invasiones más numerosas que las que, más ó menos por esa misma época, sufrieron casi todos los pueblos de Europa, y que han dejado profundas huellas en el credo, en las costumbres y en la lengua de la patria de Cervantes y Calderón.

Trataré de enumerar, siquiera sea brevemente, las principales de la invasiones de que habla la historia, y de manifestar cuál ha sido la influencia de ellas en la formación del que es hoi nuestro rico y hermoso idioma.

———

Aun sin datos históricos que nos den completa certidumbre, los *iberos* son considerados como los primeros pobladores, como los pobladores originarios de la península, que se llamó por eso *Península Ibérica*.

Hay quienes sostienen que los primeros po-

bladores de España fueron los *vascos*, que en un principio se llamaron *iberos*.

Otros creen que los vascos son un pueblo diverso de los iberos y tan antiguos como éstos en el suelo de España, pero que tenían unas mismas costumbres y un mismo idioma (el *vasco* ó *éuscaro*); lo que permitió que ambos pueblos se refundiesen fácilmente.

Ni lo uno ni lo otro está aún suficientemente demostrado; pero sí está hoy fuera de duda que el pueblo ibero tuvo varios idiomas, de los cuales el más antiguo es el *vasco* ó *éuscaro*.

Esos varios idiomas sufrieron profundas modificaciones con la llegada de otros pueblos á la Península, con las numerosas y sangrientas invasiones de que, como he dicho, fué teatro durante varios siglos el suelo español.

El pueblo ibero, duro, áspero, indómito y guerrero, sostuvo, antes que con otros pueblos, una lucha porfiada y tenaz con los *celtas*, venidos del Asia, que, después de haberse apoderado de la Galia, pasaron los Pirineos, llegaron á España, lucharon con sus primitivos habitantes y los vencieron.

Consecuencia de esta primera invasión fué que una parte de los aborígenes se unió con los celtas, formándose así el pueblo *celtíbero*.

Otra parte de los primitivos pobladores, relegados á aquella porción del territorio próximo á los Pirineos y al Océano, conservó casi pura su antigua lengua y su raza, como se deja ver, apesar del transcurso de los tiempos, por sus instituciones y su literatura.

Éstos son los *vascos* de nuestros días.

Las otras comarcas de España, que mezclaron su idioma con el de los celtas, continuaron variando sucesivamente su lengua, merced á la mezcla con la de los otros pueblos invasores de la Península.

———

Estas nuevas invasiones vinieron de Oriente y de Occidente.

En primer término aparecen los *fenicios*, que navegando á lo largo de las costas africanas, llegan hasta las columnas de Hércules, atraviesan el estrecho y se establecen al sur de España, principalmente en Cádiz y en las costas vecinas.

De espíritu emprendedor y eminentemente

comercial, los fenicios explotaron las minas, introdujeron su comercio, establecieron en diversos puntos de la costa pequeñas factorías que pronto llegaron á ser colonias importantes, señaladamente Cádiz, Málaga y Sevilla, é implantaron su idioma, su religión y sus costumbres.

La mezcla de su lengua con la del país dió origen á la llamada lengua *bastula*.

Los griegos penetraron por el oeste en la Celtiberia, y algunos de ellos, que se establecieron á las orillas del Guadiana, contribuyeron á la reforma del idioma de esta comarca, idioma conocido con el nombre de *turdetano*.

Sin embargo, parece que no fué grande la influencia griega en el carácter y en el idioma de esa parte del territorio, tanto porque los griegos que se extendieron á lo largo de las márgenes del Guadiana no venían directamente de Grecia sino de Marsella, cuanto porque, más que griego, hablaban latín y hasta la propia lengua *ibera*.

Cartago, una de las más poderosas colonias fenicias, situada al norte del Africa, estableció

también en España algunas otras colonias, las que se desarrollaron protegidas por los fenicios y sin resistencia alguna por parte de los españoles.

Después de haber alcanzado la preponderancia en el Mediterráneo, que perdieron con la primera guerra púnica, los cartagineses, á fin de ensanchar su poder por otro lado, y conociendo la importancia de dominar el país, que pacífica y generosamente los había admitido en su seno, emprendieron y realizaron la conquista de una gran parte de la España, esparcieron nuevos elementos de la lengua fenicia por todo el territorio, y dejaron profundas huellas en su población y en su idioma.

Asdrúbal fundó á Cartagena, la capital de la España cartaginesa, y firmó con Roma en 227 un tratado en que se fijaba el Ebro como el límite de las posesiones de Cartago. Sin embargo, debía quedar independiente la ciudad de Sagunto, fundada al sur del Ebro por los habitantes de la isla de Zacinto.

Esta última ciudad fué la que motivó la segunda guerra púnica, que tuvo por resultado la pérdida de España por los cartagineses (201).

Muy raros son los monumentos que nos que-

dan de aquella época tan remota; pero en ellos se notan tres alfabetos distintos: el *bastulo*, casi exclusivamente fenicio; el *celtibero*, formado de primitivas letras griegas con algunas modificaciones, y el *turdetano*, compuesto casi en su totalidad de caracteres griegos.

———

Pero, más que todas estas invasiones en el suelo de España, la invasión de los *romanos* fué la llamada á producir transformaciones radicales, así en la lengua como en las costumbres del pueblo ibero. La invasión romana en la Península es el hecho culminante en la historia de la formación de nuestra lengua.

Los romanos, que aspiraban al imperio del mundo, que habían ya paseado sus armas victoriosas por una gran parte de la Europa, que acababan de quitar á los cartagineses, con la toma de Sagunto (220), la dominación de una parte de la España, pretendieron dominar todo este país y extender sobre él sus costumbres, sus creencias, su lengua y su raza.

Envueltos en las guerras púnicas con Cartago, encontraron en ellas un pretexto para invadir la Península; y ya al fin de la segunda

de esas guerras, podían considerarse dueños absolutos de toda España, menos la parte central y la región montañosa.

El pueblo español, enérgico, valiente, casi invencible tratando de sostener su independencia, obligó á Roma á combatir durante sesenta y cuatro años antes de sómeterse á su dominio.

Con efecto, los españoles defendieron su suelo palmo á palmo, é hicieron de cada eminencia, de cada matorral, una fortaleza con que resistir á la ambición de los romanos.

Después de larga y heróica resistencia, tuvieron los españoles que soportar la dominación de Roma sobre un gran número de ciudades y sobre todo el territorio comprendido entre el Ebro y los Pirineos.

Pero una domicación cruel, una dominación salvaje, como la que los romanos ejercieron, no podía permitir que la paz durase largo tiempo. Los romanos trataron á la España como esta nación había de tratar más tarde á la América: con un rigor tiránico y apoderándose de sus inmensas riquezas.

De modo que fué para los romanos una empresa dificultosísima el llegar á dominar sin contrapeso una gran parte de la España. Va-

rios generales de Roma se distinguieron en esa época por sus crueldades y sus triunfos, y varios gefes españoles hicieron á su vez experimentar sangrientas derrotas á los romanos. Sin embargo, la astucia y la traición de éstos triunfaron al fin sobre el valor y el heroísmo de los españoles.

Después de encarnizada lucha, los romanos se apoderaron de Numancia, pequeña ciudad á las orillas del Duero, protegida por bosques espesos y profundos valles, cuyos habitantes habían hasta entónces resistido heroicamente á la dominación extranjera.

Antes de la invasión de los romanos, las diversas comarcas en que se encontraba dividida la España se mantenían en un estado de aislamiento tal, que produjo como inmediata consecuencia una gran diversidad de dialectos. Algunos autores aseguran que no bajaban de diez los dialectos que se hablaban en España á la época de la invasión de los romanos; de manera que cuando éstos se apoderaron de casi toda la Península, al propio tiempo que impusieron con mucha facilidad su civilización y sus costumbres, les fué también muy fácil imponer su idioma.

Fué, pues, España una verdadera provincia

romana. Así las costumbres y los trajes, como la religión y el idioma, todo fué común entre romanos y españoles.

Muchos escritores peninsulares ilustraron la lengua de Cicerón y de Virgilio. Séneca, Lucano, Silio Itálico y Marcial, fueron españoles, como lo fueron Porcio Latrón, Columela y Quintiliano.

Las altas clases sociales, las personas dedicadas al cultivo de las letras, hablaban el latín, acaso con la misma corrección y pureza que en Roma. Sin embargo, el pueblo no ha debido jamás olvidar del todo las formas de su antiguo lenguaje; pero no habrá dejado de mezclarlo con el latín, que se veía en la necesidad de hablar para comunicarse con sus superiores: fenómeno que diariamente vemos reproducirse en nuestra propia época, no obstante los mayores y más universales medios de cultura que poseemos.

No debemos, pues, buscar en hechos posteriores á la dominación romana, que han corrompido la lengua latina, la raíz única del castellano moderno, porque su actual existencia está visiblemente enlazada con las lenguas primitivas, anteriores al hecho de haber sido el latín, durante largos años, la lengua culta

de España; como quiera que, prescindiendo de los vocablos que de esas lenguas primitivas se conservan, en el castellano moderno debe de haber algo de genial y característico que arranque su origen de aquéllas.

De los cinco siglos que duró la dominación romana en la Península, el primero fué de verdadero esplendor, y los otros cuatro, de una marcada decadencia para la lengua latina. Esta decadencia comenzó en España al propio tiempo que en el resto del imperio, cuyas postreras luchas y convulsiones fueron extinguiendo en todas partes aquella brillantísima civilización que, desde la soberbia Roma, se había ido extendiendo por casi todo el orbe conducida por las águilas romanas.

Un nuevo elemento de cultura intelectual penetró por entonces en la Península: el cristianismo comenzó á ejercer su influencia así en las ideas como en la lengua. Los cristianos hablaban el latín; pero lejos de conservar este rico idioma en su antigua pureza, contribuyeron á corromperlo.

Hubo, por consiguiente, dos especies de la-

tín: el latín *culto*, hablado por las altas clases sociales y por tal cual escritor que, como Columela, mantuvo la integridad del idioma en medio de la decadencia; y el latín *vulgar*, hablado por el pueblo, especie de *jerga* casi ininteligible para los que no eran naturales de España.

El clero cristiano, á fin de comunicarse con las ínfimas clases sociales, en las cuales jamás penetró el latín clásico, y poder enseñarles la nueva doctrina, se vió precisado á usar el idioma del pueblo al cual se dirigía, se vió precisado á usar el latín vulgar.

De modo que á la decadencia general de la lengua de Horacio durante los últimos cuatro siglos de la dominación romana en España, se vino á juntar el cristianismo como un nuevo elemento de descomposición de la lengua latina.

A principios del siglo V de nuestra éra, tuvo lugar la gran invasión de los pueblos bárbaros, que, contenidos largo tiempo por las legiones romanas, llegaron por fin á extenderse por todas las provincias del altivo pero ya decadente imperio de los Césares.

Entre estos bárbaros iban los *vándalos*, los *francos*, los *suavos* y los *alanos*, que permanecieron poco tiempo en España y que no dejaron en pos de sí más huellas que las impresas por su feroz barbarie.

Aparecen poco después los *godos* y *visi-godos*, que expulsaron á los anteriores y que, antes de atravesar los Pirineos, habían sido convertidos al cristianismo y habían mantenido relaciones con los romanos. Les fué, por consiguiente, muy fácil avenirse con las costumbres del nuevo país que pisaban.

Sin embargo, su dominación hubo de producir una nueva y trascendental revolución en la lengua de España, de cuyos habitantes los separaban cuantas diferencias pueden caracterizar una nación.

Su lengua, de origen teutónico, era naturalmente áspera y ruda, no tenía con el latín la menor analogía, y jamás pudo amoldarse al idioma hablado en la Península.

La civilización romana, oscurecida y decadente como estaba, era, sin embargo, superior á la de estos nuevos invasores.

De modo que éstos trataban de aprender la lengua del país conquistado, y se sirvieron del latín en su forma bárbara, del latín vulgar, en sus mutuas relaciones con los vencidos.

Aunque la lengua goda no llegó jamás á ser en España un idioma escrito, contribuyó con un corto número de palabras á enriquecer el vocabulario del latín descompuesto de esa época, y le imprimió la índole especial de su gramática. Le dió, pues, una nueva forma, una forma más bárbara, si cabe; pero contribuyó á preparar de ese modo la estructura gramatical del Castellano moderno.

El latín suprime de ordinario los pronombres y carece de preposiciones y de artículos, porque estos elementos se hallan envueltos en las desinencias de sus verbos y de sus nombres. En la lengua goda, por el contrario, hay que mantener siempre los pronombres en la frase para distinguir las personas; para expresar las diversas relaciones de las palabras entre sí, es menester el auxilio de las preposiciones, y se necesita el artículo para modificar la extensión de los nombres generales.

La mente ruda de aquellos bárbaros no podía suplir tan crecido número de elementos gramaticales con la mera alteración de la de-

sinencia en las palabras. No comprendían, pues, ni las declinaciones ni las conjugaciones latinas.

Para remediar lo que ellos creían un defecto, introdujeron en el latín las alteraciones que se observan en documentos redactados con posterioridad á la llegada de los godos á España. De ahí provienen la voz pasiva de los verbos y el empleo de las preposiciones y de los artículos.

No bien acababan de fundirse en una la raza pobladora de la Península con la raza goda, cuando una nueva invasión, la de los *árabes*, conquistó la España entera, sepultando á las orillas del Guadalete el imperio godo. Solamente conservaron su independencia las ásperas montañas de las Asturias y de Vizcaya, adonde fué Pelayo á refugiarse con los restos *ibero-godos* que acaudillaba, y desde donde empezó una lucha secular que había de concluir por expulsar completamente á los invasores.

El período más glorioso de la civilización en la Pinínsula, es el de la dominación musul-

mana. En efecto, los árabes, al invadir el suelo de España, se establecieron pacíficamente en las regiones del centro y del mediodía, y constituyeron un brillante imperio cuyo esplendor ha dejado en la historia una justa celebridad.

En medio de la culta, civilizada y tolerante sociedad de los árabes, vivían tranquilamente los cristianos que no habían seguido á sus compatriotas á las montañas del norte. Hubieron, pues; de fundirse, como consecuencia natural, las costumbres y la lengua de los árabes y los cristianos.

Por otro lado, los cristianos que fueron á las Asturias y Vizcaya acaudillados por Pelayo, debieron, indudablemente, mezclar el latín descompuesto y gotificado que hablaban, con voces del idioma de los vascos, habitadores de esas montañas, que jamás abandonaron su lengua primitiva.

Pero así entre los cristianos del centro como entre los del norte, comenzó á formarse un nuevo dialecto, que, tanto en aquéllos como en éstos, tenía por base el latín tal cual se hablaba á la época de la llegada de los árabes.

De modo que la influencia arábiga se nota

como elemento secundario en la formación de nuestro idioma. Esta influencia contribuyó á la degeneración del latín hablado por aquella porción de los cristianos que no fué con Pelayo á las montañas y que soportaba la dominación de los moros.

Cuando, al cabo de los ocho siglos que duró la dominación musulmana, los cristianos avanzaron á la reconquista de su suelo y se incorporaron el territorio de que se habían apoderado los árabes, aquellos dos dialectos han debido ir fundiéndose paulatinamente en uno solo y perfeccionándose con los adelantos de la civilización del pueblo cristiano.

Después de ese largo período de tiempo, los cristianos, expulsando á los árabes, reconquistaron por completo su territorio, y, mediante la fusión de los dos dialectos, aparece ya formado el idioma que hoy hablamos.

Entre los componentes de este idioma figuran, pues, elementos de origen latino, principalmente, y voces arábigas; que el latín y el árabe fueron los idiomas más generalizados en la Península. Además, figuran vocablos de

origen germánico, griego, fenicio, celta é ibérico.

Nuestro idioma, que alcanzó en el siglo XII la categoría de lengua escrita, recibió en su cuna el nombre de *Romance*, por ser principalmente hijo de la lengua romana. Dióse después el nombre de *Español*, por ser el idioma usado por los habitantes de España, y más frecuentemente *Castellano*, porque comenzó á hablarse en Castilla.

El más antiguo documento escrito en lengua castellana, de que se tenga noticia, es la confirmación de la *carta-puebla* de Avilés, hecha por Alfonso VII en 1155.

Mas, la primera muestra conocida de la literatura española es el *Poema del Cid*, que se considera escrito en el siglo XIII, más ó menos por los años de 1200.

Escritores de esa misma época y de principios del siglo XIV, son Gonzalo Berceo, Juan Lorenzo, Alfonso el Sabio y Juan Ruíz, arcipreste de Hita.

Durante el reinado de Alfonso X obtuvo el Castellano la categoría de idioma oficial; pues por disposición de este monarca se redactaron en castellano todos los contratos civiles y documentos legales. En este idioma se escribió

el código de las *Siete Partidas*, obra monumental que sirve de sólida base á la legislación y al idioma de la España moderna.

En el siglo XV aparece el Castellano robusto y sonoro y en una forma completamente acabada. El marqués de Villena, Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique y Alonso de la Torre, pertenecen á este período.

Los siglos XVI y XVII son los de mayor belleza y apogeo para nuestra hermosa lengua. En aquél brillan principalmente Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, Mariana y Hurtado de Mendoza, Ercilla y Jorge de Montemayor, fray Luís de Granada, santa Teresa y fray Luís de León. Y en el siglo XVII, el siglo de más esplendor para nuestra lengua, el verdadero siglo de oro de la literatura española, descuellan el inmortal Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca, Alarcón y Tirso de Molina, Rioja, los Argensolas y Quevedo.

Desde el siglo XVII acá, la lengua que ilustraron tan esclarecidos ingenios no ha ganado ya ni en majestad, ni en elevación, ni en armonía; pero se ha hecho más precisa, más

filosófica, más expresiva, y menos pródiga de los largos períodos y del hipérbaton.

———

Mr. de Laborde, en su *Itinerario descriptivo de España*, dice que la lengua española es noble, armoniosa y poética; llena de elevación, energía, expresión y majestad; conmovedora é imponente en los oradores; noble y expresiva en las personas bien educadas; en los poetas, elevada y sonora; dulce, seductora y persuasiva en las mujeres.

Y el traductor de la *Historia de la Literatura Española* de Boutervek hace de nuestra lenga el siguiente elogio: "Nacida del choque de las lenguas más ricas y enérgicas de Europa y de Oriente; melodiosa sin afeminación, nerviosa sin aspereza; única entre las lenguas comparable á la de los griegos por la feliz mezcla de las consonantes y vocales; tan viril como el dialecto dórico, aunque quizá menos ruda; dotada, si nó de más fuerza, al menos de la misma delicadeza que el jónico, sin caer jamás en la lánguida afeminación del italiano, la lengua española, respirando el perfume oriental de que el prolongado contacto

con los hijos del desierto la había penetrado, reúne toda la frescura de la juventud, todo el vigor que los valerosos hijos del norte la habían comunicado, y toda la majesdad que la la lengua de los amos del mundo imprimió en el carácter de la más hermosa de sus hijas."

F. Pinochet Le-Brun,
Director-Secretario.

LA OBRA LITERARIA

Señores:

Entramos hoy en una senda para muchos de nosotros enteramente nueva: vamos á ocuparnos de cuestiones que antes de ahora no han solicitado nuestra labor, y en nuestro lenguaje van á hacerse de uso común voces que, como las palabras *arte*, *belleza*, *literatura*, etc., no herían vivamente nuestra atención; y así y por diversos modos vamos a entrar en una nueva vida, en la que más dilatados horizontes permitirán libre vuelo á nuestra actividad intelectual.

Yo saludo, señores, esta para nosotros nueva éra; yo miro en ella al nuncio de una buena nueva, al heraldo de mejores días para nosotros, para la patria y para la humanidad.

Para la humanidad, señores, porque ¿quién podría medir el alcance de una idea nacida

en el cerebro de un hombre, fijada en un libro y trasmitida á otros hombres? ¿Quién puede precisar la fuerza de la ola que se aleja del punto donde nació y rizando la superficie del mar va quizás muy lejos á provocar la tempestad?

La idea trasmitida á otro cerebro puede ser esa ola que agite el bullente mar que se llama humanidad, y las instituciones generosas como las que hoy inaguramos son los planteles donde el cerebro recibe la semilla que guarda en sí la evolución del porvenir.

Regocijémonos, pues, señores, de hallar para nuestra inteligencia un nuevo campo donde ejercite su actividad, y queramos principiar desde luego nuestras labores, ocupándonos de lo que primero debe interesarnos, esto es, de precisar qué es la obra literaria.

Vastísimo campo os ofrezco, sin duda: os invito á que asistamos al alumbramiento intelectual, fijemos el medio en que debe desarrollarse la idea generadora, precisemos los elementos que deben concurrir á nutrirla, para que en su posterior desarrollo crezca vigorosa y lozana, señalemos el ropaje que deberá adornarla antes de entregarse al examen del crítico, y una vez en mano del público, veamos

hasta dónde puede influir en las varias manifestaciones de la actividad humana.

Anímame, sin embargo, á ofreceros este programa de trabajos el entusiasmo con que os aprestais á las nuevas tareas, y deseoso de estimularos con el ejemplo del más débil, voy á ocupar por algunos instantes vuestra atención y á poner á prueba vuestra benevolencia con la lectura de algunas consideraciones sobre la cuestión propuesta.

II

Con decir que la obra literaria es "la exposición artística que por medio de la palabra escrita hacemos de un carácter en acción ó de una idea fundamental, sugerida por fenómenos psicológicos de las facultades sensitivas principalmente," creo que completamos la síntesis de nuestras ideas acerca de lo que en sí es la obra literaria.

En efecto, el eje sobre el cual gira toda la obra literaria debe ser ó un carácter que lleve en sí el sello de un marcado valor ó una idea que sea capaz de imponerse al lector por

su sola manifestación; y esta idea ha de ser sugerida por fenómenos de las facultades sensitivas, porque sólo ellos pueden dar origen á ideas generadoras de obras artísticas. Vemos, por ejemplo, que las ideas especulativas, las netamente científicas, ó las que nacen en nosotros al contemplar en sus minuciosos detalles la marcha de la humanidad, pueden inspirar obras de la más acabada perfección científica ó histórica; pero de ningún modo dar vida á una de esas obras en que el alma desahoga su admiración, su cólera, su amor ó su desengaño.

Completada la definición de la obra literaria, vemos que lo fundamental en ella es la importancia del carácter representado. Examinemos este elemento generador, y precisemos las calidades de que debe estar revestido para ser digno de atraer sobre sí la elaboración de una obra de arte.

Hay un autor francés contemporáneo que dice que, así como en las ciencias naturales existe el principio de la subordinación de los caracteres, en el cual tienen la primacía los menos variables, aquéllos que mejor resisten á las modificaciones internas ó externas que los afectan, así también en el hombre moral, obje-

to de algunas artes, como la literatura, se notan varias gerarquías de caracteres, gerarquías que nacen del hecho de que los acontecimientos que obran sobre el hombre modifican de un modo diverso las capas de ideas ó sentimientos que hay en él.

Según esto, el tiempo obra sobre nosotros del mismo modo que el geólogo sobre la tierra, destruyendo las capas superpuestas hasta descubrir el terreno primitivo, elemento constituyente de la naturaleza humana. En la superficie se encuentran las costumbres, las ideas nuevas nacidas de la moda y que duran lo que ella; bajo de esta capa hay otra algo más estable, de hábitos y tendencias más arraigadas, que suelen durar hasta medio siglo y que dan origen á ciclos literarios como el del romanticismo en Francia; en pos de estas dos capas vienen otras más sólidas aún, hasta encontrarnos por fin, en aquélla en que está estampada la huella de nuestra naturaleza humana, esa capa de inclinaciones, afectos y costumbres que nos es común á todos los hombres.

Á esta escala de caracteres, formada por el estudio de las ideas y tendencias de la humanidad, corresponde en literatura otra escala,

en que se va rigiendo la importancia y duración de la obra literaria por el grado que al carácter en acción le está asignado en su respectivo orden de subordinación.

Este modo de raciocinar resuelve, á mi modo de ver, una altísima cuestión estética; la de saber qué es lo que se debe representar y qué lo que debe rechazarse en el arte. ¿Se elige un carácter variable, efímero é insignificante? Pues la duración de la obra está marcada en las condiciones mismas del modo de ser de ese carácter. ¿Se toma otro aplaudido, mimado por la multitud, pero de dudosa estabilidad? Al punto podemos fijar su duración: será la misma que la de la moda que le dió origen.

A tal carácter, tal éxito: he ahí el principio.

Pero si la escala de la subordinación de los caractéres, según su estabilidad, nos da de un modo general el orden en que deben ser preferidos, nos queda aún por resolver cuál será nuestra elección dentro de una misma gerarquía, en el círculo mismo de un igual rango.

Para esto debemos atender al grado de fuerzas naturales de cada carácter, fuerzas

que se resuelven en el grado de bondad de que puede disponer.

Con lo expuesto podemos formarnos una cabal idea del papel que el carácter representado juega en la obra literaria y de las calidades de estabilidad y fuerzas naturales que á éste deben constituir; fáltanos ahora ver cómo debe ser manifestado por el artista.

Si el rol del arte es presentar un carácter ó una idea de un modo más claro y sobresaliente que como lo hacen los objetos reales, indudablemente que para conseguir su fin tendrá que hacer que las mil circunstancias que rodean á ese carácter lo modifiquen de un modo sistemático, especial, á fin de darle el relieve necesario para su pronta percepción. De esta manera se presentará de un modo perfectamente perceptible el carácter en acción ó la idea fundamental, madre de la obra artística.

Si de la concepción de la obra literaria pasamos á su manifestación externa, lo primero de que debemos ocuparnos es el estilo, ó sea la expresión peculiar á cada individuo de lo que piensa ó siente; y á este respecto observaremos que los elementos constitutivos del estilo literario no pueden ser otros que la pa-

labra aislada, la frase completa y el período concluído, por una parte; y los pensamientos accesorios á la idea madre del período, por otra.

Para el recto empleo de estos elementos no bastan las reglas que la Gramática ó la Retórica nos enseñan; hay algo más aún y que es lo que viene á dar el colorido, el tono general del discurso. Á este respecto creo que se debería cuidar siempre de guardar una exacta correspondencia entre la idea concebida y la palabra que la manifiesta; entre la situación que se describe y la frase ó período en que se contiene; en una palabra, creo que en cuanto se pueda se debe hacer extensiva á todo el discurso la figura llamada onomatopeya por los preceptistas.

Constituída ya la obra literaria, quédanos por ver ahora las circunstancias que pueden serle favorables á su nacimiento, pues, así como en el mundo físico necesita una planta ciertas condiciones climatológicas para su desarrollo, así también en el mundo moral é intelectual debe haber cierto estado favorable al desenvolvimiento del conjunto de ideas, costumbres ó pasiones, puesto en acción por el artista literario.

La historia de todas las literaturas nos presenta constatado el hecho fundamento de la doctrina antes sentada. Toda obra que viene á ponerse en pugna con el medio en que viven los espíritus que han de conocerla, tiene forzosamente que perecer, falta de los elementos necesarios á su desarrollo, que vienen á constisuir lo que podríamos llamar la temperatura moral é intelectual de una época.

Y no se diga que en tiempos de combate, en épocas de derrumbamientos sociales, en períodos históricos en que los tronos y los altares han rodado confundidos en una sola inmensa vorágine; no se diga, repito, que en tales épocas se han visto florecer, en contradicción con lo que vengo sosteniendo, obras en que el idilio, la ficción amorosa ó la pasión elegíaca juegan el principal papel; pues, si tal ha sucedido, es porque en esas épocas, fatigado el espíritu con el espectáculo siempre presente á su vista, hastiado del olor de la sangre, del lodo ó de la pólvora, ha necesitado elevarse á otras regiones, donde en la contemplación de ideales tiernos, dulces y melancólicos ha podido encontrar la debida compensación á las luctuosas escenas presenciadas. El medio creado por el estado de esos

espíritus era, pues, eminentemente propicio al desarrollo de la obra inspirada por el amor á la paz del hogar, á la felicidad de la familia, á la calma universal.

Los comienzos de un período guerrerro ó revolucionario no son, en consecuencia, favorables al desarrollo de la obra idílica, obra que llega á hacerse favorita de los espíritus, una vez que ese período ha elaborado las reformas que lo prepararon.

De aquí que podamos consignar otro principio literario y deciros que para el éxito de la obra debe cuidarse de amoldar el espíritu de toda ella al medio social imperante, ó mas bien, á las tendencias dominantes en los contemporáneos que por su acertado criterio, por su elevado espíritu de observación y por su sana crítica puedan formar la corriente en que debe precipitarse el éxito buscado.

Para dar cumplimiento al programa fijado, fáltame aún estudiar la influencia que en el desarrollo de la actividad humana puede ejercer la obra literaria.

En siglos ya remotos, cuando la organización de la familia no respondía á ideas de justicia, de fraternidad ó de simple conveniencia, cuando la mujer era sólo cosa para el hombre

y los hijos esclavos del padre, entonces, indudablemente que la acción de la obra literaria estaba circunscrita á límites estrechos y fatales, dentro de los cuales no podríamos reconocer una influencia positiva. La alta poesía, la épica y la dramática de aquella época, ocupada en narrar las luchas, pasiones y desgracias de los dioses, descuidaba completamente la familia y creía llenar su misión, saciando la sed de hechos heroicos que dominaba á los espíritus. La lírica, y en ella el género subjetivo de nuestros días, no podía influir grandemente en la organización del hogar y en la perfectibilidad humana, ya que su rol se reducía á cantar los tormentos del amor, sin cuidarse de precisar las relaciones que en el orden moral unen un sér á otro sér y determinan la influencia recíproca del uno sobre el otro.

La marcha progresiva de la humanidad, determinada por mil variadas circunstancias, ha venido á crear otra situación. Nuestra época, juzgando acertadamente que la historia de la humanidad, más que en los nombres de sus héroes guerreros, está en las instituciones que la regularizan, en las ideas que la dominan, en las preocupaciones de que se desprende, y, sobre todo, en la organización de la socie-

dad, ha venido á dar vida á una revolución en el modo de apreciar los productos del espíritu, y asigna hoy á la obra literaria una alta misión civilizadora, misión que llega á tener influencia aún allí, donde sólo deberían imperar la sociología y el derecho.

En efecto, asumiendo hoy la familia un rol de primera importancia en la determinación de los fenómenos sociológicos; estando constituída la sociedad más que por los hombres que la gobiernan, por los individuos que en sí encierra, menester es llevar los principios de la virtud, las ideas del bien, de la justicia y del deber al hogar mismo del individuo, al centro de donde saldrá á ejercer su acción en la vida pública.

¿Qué medio, entonces, más apropiado para la propagación de las sanas doctrinas; qué moralizador más atrayente que aquél que se presenta adornado con los mil ricos atavíos que presta el arte?

El sentimiento de esta verdad era, sin duda alguna, el que hacía que el elocuente preceptista Mr. Villemain, comparando quizás la acción de la poesía épica en el pasado con el rol de la bella literatura en el presente, creyera que la novela moral, aquélla que nos presenta

en hermoso consorcio á la pasión, guiada por la virtud, "es el verdadero poema épico de los contemporáneos."

Si ello es así; si la obra literaria puede ejercer una influencia legítima y bienhechora en el perfeccionamiento de la humanidad; si á su desarrollo está vinculado en gran parte el progreso social, no desmayemos, señores, en la labor empezada; continuemos adquiriendo conocimientos sobre estas importantes materias; concurramos con asiduidad á los templos donde se mantiene siempre encendida la antorcha de la ilustración, para que en el dulce comercio de las letras nos hagamos fuertes, y al fin de la jornada podamos mirar hácia atrás y ver con entera satisfacción que hemos llenado cumplidamente los deberes del más hermoso de los apostolados, de aquél que tiene por instrumento la palabra, por objeto á la humanidad, y por fin el perfeccionamiento de la obra del Creador.

M. Enrique Oyarzún M.,
Socio-Director

LA MISION DEL POETA

No la estéril ficción, no el arrebato
de loca fantasía,
inspiren los cantares del poeta
en los arduos combates de la vida.

Allí donde en confuso torbellino
la multitud se agita;
donde brota, al calor de las ideas,
la luz de la verdad, que vivifica;

donde chocan, con ímpetu atrevido,
creencias y doctrinas;
la duda, matadora del progreso,
la fe sincera, que jamás vacila;

donde esa noble juventud levanta
la frente enardecida,

y, desplegada al aire la bandera,
corre del porvenir á la conquista;

donde tiende sus alas soberanas
el genio que domina.....
allí cante el poeta, allí se escuchen
los robustos acentos de su lira.

El vate, en el silencio del retiro
no es posible que viva:
apóstol de sublimes ideales,
surja en las luchas á la luz del día.

Cante á la libertad, á cuya sombra
lo grande se cobija;
la santa libertad, madre del pueblo,
suprema aspiración del alma digna.

Orne de la virtud, hija del cielo,
la sien noble y bendita,
y en la frente ominosa del malvado
marque perpetuo ignominioso estigma.

Poeta! es tu misión!...Nunca desmayes
en la cruenta liza,
que ya empieza á lucir en las alturas
risueña aurora de mejores días.

Venga la paz; y entonces, adornada
de laurel inmortal la sien altiva,
en brazos del amor y de la gloria,
nuevos acentos verterá tu lira.

Abraham Valenzuela T.